

Daniel Belmar ha escrito un poema, titulado *Descenso*, concebido como una elegía en sordina, especie de viaje a las moradas del recuerdo, en donde seestean ciertas vivencias capaces de configurar la vida del hombre.

Los poetas líricos manejan la simbología del retroceso y descenso. Quieren buscar los orígenes de su emotividad, tratan de explicarse y de comprender las ocultas razones que rigen su especial manera de estar en el mundo.

La imagen del hombre que trepa a un árbol para descubrir los horizontes reales y sensibles tiene significaciones constantes en la poesía de muchos ingenios. Siempre, después de la función escrutadora, el poeta inicia su vuelta, su retroceso, para hundirse en la tierra, porque en su entraña se escucha el rumor de las motivaciones esenciales.

Daniel Belmar escribe: "Desciendo a ciegas por ese oscuro túnel de la pérdida juventud. Sin llanto ni alegría, fatigado./ Ibamos y volvíamos, orillando las depresiones inundadas,/ las sombrías arboledas desnudas,/ hendiendo la noche, las plazas misteriosas./ Tensos, temblando. Cansados, silenciosos". "Para encontrarte, sombra, desciendo a lo profundo del recuerdo, del tiempo, del paisaje./ Desciendo al sur. Desciendo, sombra, a las lomas doradas, a los pellines centenarios, al errante vilano".

La imagen del sur se adelanta. Y habrá un fino temblor de helechos y la metáfora de una "rosa de metales tiernos".

Una sinfonía de lluvia y viento cruza por estas páginas, escritas con tersura, sin que los vocablos adventicios recarguen la transparencia sentimental. Diríase que la evocación, contenida por el decoro estético, se ha hecho cifra y alusión de muy complejos estados anímicos.

Facetas de un mundo, casi dormido en los desvanes del recuerdo, adquieren forma, modelan la imagen del hombre que retrocede en busca de sus días que ya fueron.

El poeta se detiene en la figura de una mujer: "En los remansos poderosos, en las corrientes burbujeantes, en los días disueltos, en las etapas negras, tu rostro de marfil surge y se esfuma. Brillan tus ojos un instante".

Ese tono elegíaco se concreta en una serie de figuras literarias, unidas en la secuencia de un discreto lamento: "Te envuelve un oleaje de algas, un doliente naufragio. La noche acecha, envuelve, avanza. Suben las altas mareas del olvido".

Sabe el poeta que todo se apaga, destruye y muere. Cabe una posibilidad. Detener el tiempo que huye, conferirle categoría estética. Daniel Belmar ha realizado el prodigio.

Su poema *Descenso* es una elegía silenciosa, cuyos rumores se han expandido entre celajes de belleza.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At395-27CSVM10027>

*Cirial - Situaciones*, de SERGIO ESCOBAR. Ediciones Redes.

Valparaíso, 1962

Este primer libro, de Sergio Escobar, fue premiado por la Sociedad de Escritores. Escribe en su inicial poema: "El corazón abandona su planeta, oh, ciudadanos./ Las creencias acerca de los satélites nos hacen dar vueltas/ y vueltas en la cama, nos dejan/ una vigilia azul llena de etéreos objetos".

Los versos, sin rima, orquestados por un leve y caprichoso ritmo, enfilan

los dominios de Urania, llagan hasta los rediles de la metáfora astronómica. Y así, nos habla de "las aprensibles flores de Mercurio", agrega un sentido polémico al "pan sideral", incita a que los poetas y lectores investiguen "el satelitófago de Saturno". Y enhebrando una serie de figuras literarias de muy diverso sentido y densidad, anota: "Perseguid tradicionales las dulces ciromaquias/ que con secreto oleaje naturalizan/ las ciudades de silencio de Neptuno".

Sin duda, este poema, titulado "Alimentos del día y de la noche", plantea y esboza dos problemas: El de la metáfora astronómica y el de las situaciones poéticas. Veamos en qué consisten.

Las figuras del lenguaje agregan vivacidad a la expresión del sentimiento. La retórica no ha inventado las figuras, son un producto de natural alumbramiento. Afinaciones estilísticas las moldean.

La metáfora traslada el sentido recto de las palabras a otro figurado. Cuando se prodiga, el lenguaje se hace oscuro, hermético. En nuestros días, la metáfora antropomorfa se ha revestido de halos científicos. En su base retoza la preocupación astronómica.

En ciertas melodías electrónicas se han armonizado leves ruidos que viajan desde hace milenios por los caminos del firmamento. Semejante música tiene un lenguaje esotérico. Tal vez, en los dominios astronómicos, se impone otra lógica, de contextura muy diferente a la nuestra, "terráquea", admitida desde antaño por los bípedos filosofantes.

Se anuncia la inminencia de una preceptiva literaria de raigambre sideral. Sus metáforas, burbujas cósmicas, ya florecen, con donaire, en algunos libros. *Cirial-Situaciones* puede ser un bello e inteligente ejemplo.

La "situación" se halla emparentada con la filosofía de la existencia. Dicen los filósofos que el hombre existe "como un ser en situación". Claro está que la situación puede ser auténtica o falsa, periférica o esencial. Sólo esta última es valiosa.

Esto es aplicable al llamado problema estético. Las circunstancias contribuyen a situar al hombre, le ayudan, pero no son lo definitivo. El ser humano vive en situación, en virtud de su esfuerzo, de su lucha, a veces sin cuartel, por ser él mismo. En los recintos de la creación literaria resulta muy difícil captar la autenticidad de una pretendida situación esencial. Porque, como es lógico, entran en juego la opinión y subjetividad del poeta.

Hay una verdadera situación, cuando el poeta descubre y fija en un verso, tal vez en una sola palabra, el total sentido de sus inquietudes y de sus programas vitales.

Algo de eso se rastrea en el citado poema. En los últimos versos se nos entrega el esquema de un estar en el mundo: "Has de saber, hermana, que las dudas en materia de alimentos son del espíritu".

En "Lejanas elecciones", el poeta anota: "Nunca hemos conseguido extraer del corazón todo el océano. Y algunas veces, tú sabes, terribles escamas son los ojos".

Otro poema, "Lluvia, trajín, conversaciones", parece estar centrado en un concepto filosófico: "El mundo sólo es de aquellos que profundamente lo pierden".

Sergio Escobar escribe de una manera desgarrada. Se instaura, incluso, en las zonas del humorismo. Una cohetería de figuras literarias forma un encaje,

desflechado, a veces, en admoniciones: "Que todos nos mojemos. Que nos mojemos todos/ hasta el alma misma".

Su prologuista, Juvencio Valle, dice que Escobar "clava los ojos, y personas, paisajes y objetos aparecen, enfocados con unos relieves y unos ángulos que antes nunca fueron vistos".

*Cirial-Situaciones* tiene originalidad. Sus poemas, cual largas letanías, plantean ciertos problemas.

¿Será el hombre un cirio que arde sin consumirse? El poeta da cima a su periplo poético, diciendo: "No se imagine usted que estoy/ tratando de parecer un héroe. O un mártir./ Yo sólo he sabido a tiempo que alguna secreta red hay/ a cuyo oscuro nudo sin saberlo obedecemos".

VICENTE MENGOD

*La brecha*, de MERCEDES VALDIVIESO. Prólogo de Fernando Alegría. 2ª ed., Santiago de Chile, Zig-Zag, 1961. 142 páginas

Mercedes Valdivieso se da a conocer en el campo de las letras con *La brecha*, una novela. La obra ha tenido dos ediciones en el año, lo que es señal de elocuente éxito de librería. Ante el lector asoma, al abrir sus páginas, una advertencia singular: "El personaje de esta novela no tiene nombre, pero podría ser el de cualquier mujer de nuestra generación". Comprobamos, así, que la protagonista está insinuada hacia un plano más genérico. El lector se introduce en el pensar de una mujer no identificada, eso sí que ella es representativa de una generación, que la autora denomina y especifica como "nuestra". ¿Qué atrae en la historia de dicha mujer?

Desde su abrupto comienzo, la novela coge. Además, ágil anzuelo es la audacia que revisten sus frases iniciales. Es la propia mujer quien cuenta sus experiencias. Entonces, para el lector, la historia se hace convincente. La mujer es narradora de su senda vital y de su mundo, es decir, todo en la novela aparece con la perspectiva de la protagonista. De allí esa cualidad autobiográfica, íntima, si se quiere, que tiene la obra y que hace asociar los sucesos ficticios a la vida o historia auténtica de Mercedes Valdivieso. Tenga o no rasgos de ella esta novela, trasparente el sentir de su creador. Se inicia el relato con el hecho distintivo del casamiento. Y no uno cualquiera, sino uno en el que la mujer no se siente efectivamente comprometida. Con ella se ha llevado a efecto una convención social más. De allí para adelante, los hechos van precipitando una conclusión prevista y necesaria a la novela: la desvinculación de los contrayentes. La mujer se parapeta en sí misma, en un comienzo, porque las amarras de esta convención tradicional —efecto de un "porque sí"— son difíciles de cortar, dado un ambiente rígidamente establecido. Se rebela contra un acto de fórmula. Su carácter no es para ello. Entonces, la novela se convierte en obra-testimonio, en denunciadora. El escenario, descrito con hostilidad —recordemos que está presente la perspectiva de la protagonista en toda la obra—, refuerza y da autenticidad a los sucesos: allí aparece la sociedad burguesa occidental. Dentro de ese marco, funciona, como desiderátum, lo típico.

El movimiento de la trama se desarrolla conforme la manera de ver de la mujer. Ella acoge escenas y diálogos de épocas anteriores a su vida de casada, con los cuales da base y caracterización a los hechos. Además, como recurso